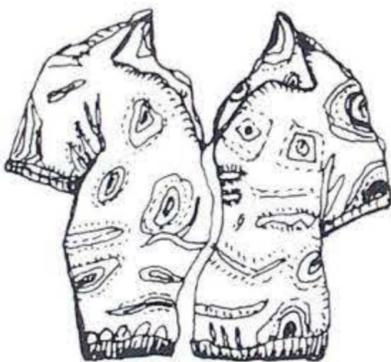


sistiría en no haber elaborado una propuesta expresiva para un tema tan grato: "Ellos han oído ruido de pasos, / botas caminando solas, / voces de mando / una tropa en movimiento dentro / del caserón donde se alojó el / Libertador ..." (*La leyenda*).

La tercera parte —"Fe de ciudades"— plantea mejor la proximidad a un medio que posee reglas distintas de las usuales. En algunos casos —los poemas sobre Nueva York—, M. Arias da en el clavo porque anuda varios cabos sueltos (esoterismo, religiosidad) en una expresión que anima diferentes lecturas. La ironía del cronista se acerca a las de Enrique Lihn (*A partir de Manhattan*, 1979) y Antonio Cisneros (*Canto ceremonial contra un oso hormiguero*, 1968). Es constante la pugna entre lo sacro y lo vacuo, entre intemporalidad y contingencia: "¿Dónde estará Liza Minelli, / sus medias de malla, / su boca de enfermera novicia? / Chinatown es un pocillo de arroz / derritiéndose en la medianoche ..." (*New York, New York*). Son los momentos altos del libro, con su toque de ingenuidad buscada: "Adiós Brooklyn, / bye, por dioseros del saxo, / gimnastas con la boca abierta / debajo de la cesta" (*Noviembre en Brooklyn*).



El contraste, ya no con la ciudad sino con otros extraños habitantes, llega a un borde que habría posibilitado un quiebre más interesante en el sujeto, el del verbo: "Esta tarde / unos beduinos me han invitado / a tomar té en su casa de Harlem; / miré con ellos el libro de las castas [...] Han hablado con una lengua / sin registro en el génesis ..." (*Harlem*). Pero el poeta no llega a transgredir ese borde.

La última sección —"Actas de sueño"— contiene los mismos resbalones que la segunda parte del libro mostraba. Esoterismo y cristianismo

se confunden en un mar que difícilmente llamaríamos fantástico. El Oriente relamido se juntaría a la visión de la urbe (la N. Y. de la tercera sección) para intentar una suerte de redención (¿vital o poética?). Este Oriente literario quiere ser otro punto cardinal de *Luces de navegación*. Pero la lectura cultural le queda demasiado grande.

Entre el proyecto y su puesta en escena pende un hiato: "Sin clarines ni fanfarria / ha llegado / —oíd bien— / la Hora del Silencio" (*Exhortación*). O la antesala de una resurrección obligatoria: la del lenguaje y sus atavíos.

EDGAR O'HARA

Condenados a belleza

Hilo de arena

William Ospina

Colcultura, Bogotá, 1986

El oscuro hecho de que nada haya aparecido sobre el breve libro de William Ospina quiere decir que algo está bien. Es cierto que el cine como la fotografía son un arte, pero así mismo es cierto que a la palabra la han ido desplazando hacia algunas regiones, donde el periodismo o la radio la convierten en un decaído emblema. Pero hay otra palabra, la palabra de la poesía. Cada libro inaugura un nuevo tratamiento del lenguaje, dota a la palabra de una carga de profundidad especial, va marcando suavemente algún surco. Pero todos sabemos que esto no ocurre con demasiada frecuencia. *Hilo de arena* es una incuestionable excepción.

La poesía de William Ospina cumple con cierta tendencia última de la poesía escrita en Colombia a volver al paisaje, no como alusión retórica o meramente casual, sino como lo entendía el romanticismo alemán. (Algo

se tendría que aprender de Mutis). Pero por el libro no sólo transitan los ríos, "las pesadas serpientes"; transita el hombre que está unido al poder de la tierra. (Algo se tendría que aprender de Arturo). Porque el paisaje no sólo es lo que abarca la mirada sino lo que se esconde allí de historia, y es precisamente la historia donde también apunta la poesía de este libro, síntesis del hombre y de sus actos.

Es clara su raíz romántica y también su preferencia por Hölderlin, a quien le dedica uno de los más hermosos poemas. Es un verso extendido, dichoso, se decide a nombrar lo suyo, a contarnos su propia versión de las cosas, y de esta forma su yo personal se anula para que el lector adquiera esa "condición de milagro" que tiene su palabra, que ya pertenece a todos.

Ante el desamparo del pasado ido, ante el "abandono de los dioses" de la sociedad contemporánea, William Ospina convierte a esta materia en su propio canto, donde se transforman en maravilla tanto la orfandad como la necesidad del amor en el hombre. Sus versos calibran la infinita capacidad de belleza que encierra el simple hecho de estar vivos, escarban esa región del hombre que lo hace emparentarse con la divinidad, en un momento tan cotidiano como recorrer una calle u observar la cruz blanca a la orilla de un camino en el campo. También nos transmitirá eso único en los actos de los hombres, apoyándose a veces en personajes como Nariño en el momento en que entra a Pasto, traicionado por sus seguidores.

La total y absoluta convicción en el arte como forma de negar al tiempo es en *Hilo de arena* apabullante, ya que una y otra vez parece decirnos que no existe el vacío, la desesperación, la angustia, sino que hay hombres traspasados por su visión del mundo.

Hay algo que irremediablemente "condena a belleza". Este es el caso del libro de William Ospina.

RAMON COTE BARAIBAR